

XXIII.

**Diente por diente.**

Las mujeres debían estudiar humanidades lo mismo que los hombres. Se las enseñaría en la escuela de Mad. de Sevigné, de Mad. Sand y de Mad. Girardin, diciéndoles al mismo tiempo: «De aquí no pasará V.»

La burla, cuando traspasa los límites, se convierte en injuria en el fondo. No hay como la sátira para herir bien y en lo vivo.

La escena de Celimena y de Arsinoe es inmortal: siempre la encontramos en los maestros que es menester enseñar á leer.... y escribir.

En Francia nunca se deja pasar el carro de la gloria sin colocarle algunas piedras en el camino. Cuando Esther arrastraba en pos de sí todas las admiraciones, y al mismo tiempo todos los corazones, cierta cronista, que no la quería muy bien, le dió algunos arañazos en varios periodiquillos. Pero aquella mujer ignoraba sin

duda que la cólera de la joven leona era terrible.

En los mejores periódicos se pudo leer entonces la siguiente anónima contestación, que no hay para qué decir era de Esther :

«Muy señora mía y enemiga : Ha dicho V. que nadie pone luminarias por mis estrenos, ni en el Teatro Francés ni en el Gimnasio ; tanto peor para la crítica.

»¿No es verdad que se iluminará para V., maravilla de la naturaleza?

»Sí; con veinticinco bujías en el Gran Seize del café Inglés. Se alumbra lo mismo por veinticinco luises.

»Pero vea V. lo que son las cosas : para representar comedias en la escena, *no* basta saberlas representar con los hombres. Estos eternos soñadores *las* representan *ellos* mismos. Pero para dar vida á los fantasmas del teatro, es necesario *el* genio, *la* inspiración, *algo* del fuego sagrado.

»Esto no lo comprenderá V. de seguro, porque nunca ha encendido V. más que el fuego de los hombres con los candiles de sus ojos. Se figura V. que todas son de su mismo talle; debía haber dicho tonel. Si yo soy delgada, esbelta y diáfana, es por mis etéreas aspiraciones ; yo he dicho siempre : «Más lejos, más lejos, más lejos.»

Mientras que V. repite constantemente : «Más cerca, más cerca, más cerca.»

»Ha tenido V. la incomparable honra de vivir en mi intimidad. Por desgracia no he conseguido que aprenda V. á saber vivir.

»Y, sin embargo, soy una mujer de buena raza, pues desciendo de la gran familia de las Champmeslé, de las Adrianas Lecœuvreur, de las Chairon y de las Mars.

»Se ha figurado V., sin duda, un instante que pertenecía á la familia de aquellas que tienen el abanico como Mlle. Mars; pero V. ha dejado caer su abanico á la primera aventura, porque no ha sabido V. defenderse.

»Nos conocimos en el Conservatorio. Yo era esbelta y delicada; V. todo lo contrario.

»Yo parecía proceder de gacelas y panteras, y V. de una vaquería.

»Pero era V. tan alegre, que me dejé seducir por V., creyéndola una buena mujer.

»Pero resulta al fin que es V. una mujer mala.

»Ha sido V. mi compañera y mi acompañante. Se lo contaba á V. todo; pero como una reina que habla á su confidente. Ha descubierto V. los secretos de Estado y los secretos de alcoba, lo que para V. es lo mismo.

»Con mano brutal me ha desnudado V.; con impía mano ha desnudado V. á mis hermanas.

»Me estremezco de indignación, solamente al pensar que no ha respetado V. los sagrados misterios de la familia. ¿Qué vértigo le ha dado á V., mujer sin corazón? Ha hecho V. brotar la luz en medio de las tinieblas para profanar los primeros latidos del corazón.

»Si no fuera V. una ignorante, le hablaría de Suetonio; pero, sin embargo, conoce V. sus autores: sin duda tiene V. al marqués de Sade debajo de la almohada.

»¿Es eso lo que aprendió V. en el Conservatorio? Es que Molière, ese gran corazón, no ha hecho comprender á V. que un teatro es la escuela de las costumbres del teatro.

»Es verdad que en vez de quedarse para aprender las lecciones de Molière, iba V. á presentarse completamente desnuda en las comedias de mujeres.

»La costumbre que tiene V. de desnudarse, la ha enseñado, sin duda, á desnudar á las demás.

»Pero le advierto á V. que, aunque mi ropa caiga, conservo siempre la castidad de la mujer, mientras que V., con ropa y todo, representa las Mesalinas y Valerías.

»No olvide V. que cuando yo representaba las heroínas de los maestros, que me infundía el sentimiento de lo grande, exhibía V. su talle desnudo en el *Piè de Puerco*.

»Según el Dios de Israel, que es el verdadero, y el mío, y el de V., la misión de la mujer es tener hijos; yo he dado dos al mundo.

»En cambio V. no ha dado á luz más que crónicas escandalosas. ¿De quién? Está prohibido averiguar la paternidad de los escritos de V.

»Á Dios gracias, no soy implacable: el amor á la verdad me obliga á reconocer que en algunos momentos es V. una buena muchacha, de ojos de fuego, dientes de lobo, ingenio de pilluelo de París, y alguna gracia de cuando en cuando.

»Si no es V. una perfección en la escena, en cambio para cenar es V. una mujer completa.

»No es V. espiritual, ni mucho menos; pero, al fin y al cabo de discurrir mucho, suele V. encontrar una palabra oportuna.

»Pero en su crónica no ha conseguido V. encontrarla.

»Á imitación de los espectadores del paraíso, me ha tirado V. manzanas cocidas. Como yo estoy mejor educada, prefiero arrojar á V. mi guante á la cara.»

La firma era *Todo ó nada*.

Esta carta no obtuvo contestación. Ninguna de las que había conocido en el Conservatorio podía perdonarle sus triunfos, después de haber sido arrojada del templo. Querían vengarse

constantemente con sátiras más ó menos públicas. Pero cuando comprendieron que Esther señalaba á sus enemigas con agua fuerte, todas guardaron silencio.

Como aquellas líneas llevaban por firma la divisa de la Comedianta, ninguna quiso volver á empezar.

## XXIV.

## La revancha del Coronel.

Esther, cuya vida corría en medio de la tempestad, como hoy día la de Sarah Bernhardt, que manejaba sus pasiones á su antojo, que se creía de templado acero, y quería gastar diez existencias sin tener más que una, no permitía á sus adoradores que la importunaran con sus sinfonías en *la menor*.

Le gustaban las adoraciones; pero le fastidiaban las lágrimas.

Era menester conformarse con tomar lo que daba, sin pedir nunca más que lo que concedía; no comprendía que una pasión pudiera durar mucho tiempo, ni aun siendo ella la que la inspirara.

Uno de sus más afortunados admiradores; un brillantísimo Coronel del ejército de África, hombre galante y distinguido, se empeñaba en permanecer enamorado á los piés de la joven.

Una noche le dijo ésta, para cortar por lo sano, al mismo tiempo que le presentaba su espada.